

«que aunque es uno, sus gracias son muy diferentes y desiguales, y las distribuye como le parece bien. Nuestra señora no sale á recibir á todos con el mismo semblante, ni mira con los mismos ojos á todos los que llama. Hay diversas mansiones en el palacio de su favor lo mismo que en la casa de Dios; y aunque todos sus cortesanos son grandes, no todos estan igualmente aventajados, ni aspiran á una misma grandeza. ¿Quién se atreverá á mirarla con malos ojos, porque use de su poder como le parezca mas conveniente? ¿Quién vituperará en ella lo que no lleva á mal en los hombres? Aquellos á quienes la Virgen ensalza sobre los demas, le tienen una obligacion inapreciable; pero por pequeño que sea el favor que comunica á los otros, siempre es mayor del que agradecerán jamás.

IV. La tercera es que en su corte no se ven esas criaturas del favor, que no tienen ningun mérito que obligue á quererlos ni antes ni despues de ensalzados. «Dios no da las cosas santas á los perros, decia el ya citado S. Cirilo (1); mas donde ve un sugeto bien dispuesto, imprime en él el sello de la gracia.» Lo mismo hace la Virgen; porque si bien escoge á los suyos sin atender á los méritos, no obstante detiene la fuente de sus larguezas en el caso de que ellos no correspondan. Necesita de esos Belisarios que honren el favor y merezcan sus aumentos por conquistas continuas, es decir, unos corazones esforzados y generosos, que con el estímulo de los dones recibidos se consagren á obrar mejor y se granjeen nuevos beneficios. Asi la reina del cielo hace grandes á todos sus validos, porque en su palacio los que quieren estarse con los brazos cruzados y sin trabajar, no pueden ser bien recibidos, ni aspirar á nuevos favores.

(1) Cateches. 1.

V. La cuarta es que tantos medios como hay para aprovechar en la virtud y medrar en la gracia de Dios, otros tantos hay para aumentar su valimiento con ella, porque su favor no es mas que una participacion del de Dios, y los mismos grados que nos aproximan al hijo, nos acercan tambien á la madre. No obstante puede decirse en particular que se gana extraordinariamente por el amor reciproco que le manifestamos, por un afecto cordial á su hijo, por una completa y firme confianza que tenemos en ella, por una verdadera imitacion de sus heróicas virtudes y por otros muchos servicios, en cuya enumeracion no quiero entrar, porque han de servir de materia á todo el tratado cuarto. Pasemos al cuidado que esta señora se digna de tener de los suyos.

CUARTA ESTRELLA

ó grandeza de la corona de bondad de la madre de Dios.

CAPITULO V.

QUE TIENE EXTRAORDINARIO CUIDADO DE LOS SUYOS.

El proverbio comun entre los antiguos que los ojos siguen siempre al corazon, es decir; que donde se inclina nuestro amor, alli tambien está fijo nuestro cuidado. Y me parece que puede decirse con verdad que cuando el amor es ardiente, no le bastan los dos ojos, sino que necesitaria tantos como tenia Argos segun los poetas, á fin de satisfacer al corazon, que siempre anhela por agradar. S. Epifanio llama justamente por esta razón

á la Virgen santísima una madre con muchos ojos (1), como ya he dicho otra vez, y la compara á los animales que fueron mostrados á Ezequiel (2) y á S. Juan (3): porque despues del cuidado que tiene de nosotros nuestro buen padre, cuyos ojos no se cierran jamás, no hay otro semejante al de la madre de Dios. Voy á diseñarle primero y luego le consideraremos con sus colores naturales.

§. I.—Figura del cuidado que la madre de Dios tiene de los suyos.

I. Ya dije en el tratado primero que una de las figuras mas ilustres de la Virgen santísima fué Rebeca, y nos pasmaremos al ver un retrato tan parecido al natural. Voy á presentar un cuadro dividido en tres acciones principales, que son como las tres piezas que componen el cuidado de la madre de Dios para con los suyos.

II. Al lado derecho del cuadro se ve una señora venerable y muy agraciada, vestida á la antigua, sentada en un taburete, y delante de ella un mancebo de modesto continente: es Rebeca con su hijo Jacob. Fácil es conjeturar por el semblante de la madre que habla con cariño y sobre un asunto muy grave á su hijo; pero el pincel no puede decir mas. La sagrada escritura suple su defecto y nos dice que Rebeca le habló de esta suerte: «Hijo mio, tengo que decirte una palabra y te pido que la escuches con atencion, porque es en beneficio tuyo. Hace algun tiempo que pienso á mis solas sobre una expresion que tu padre dijo á tu hermano Esaú, y creo firmemente que algun ángel bueno me ha guiado al aposento para oír lo que le decia. Hablaba Isaac como

(1) Orat. de laud. Virg.
(2) Ezech., X.

(3) Apocal., IV.

un hombre que conoce estar cercano su fin, y mandaba á Esaú le trajese alguna caza y la guisase y sazonzase como sabe que á él le gusta, y que despues de comer aquel manjar le daria su bendicion postrera. No desprecies pues, hijo mio, el consejo que te doy. Ya sabes que te he amado siempre, y todo mi gusto seria mostrarte mi amor maternal en esta ocasion. Lo que deseo es que elijas del rebaño dos cabritos, los mas gordos que encuentres, para que yo los guise prontamente como sé que gustan á tu padre, antes que vuelva Esaú, y asi te anticiparás á él y obtendrás la bendicion de Isaac. No desprecies, te repito, un consejo que únicamente procede del deseo que tengo de tu felicidad.»

III. Juzgando por el semblante de Jacob me parece que responde asi á su buena madre: «Madre mia, no es hoy cuando conozco lo que me quieres, aunque este testimonio de tu buena voluntad para conmigo viene á confirmar mi creencia. Pero permíteme te manifieste una idea que me ocurre, y luego manda cuanto quieras. No ignoras qué poca semejanza hay entre mi y mi hermano: él es velloso y yo no: si por casualidad ó de intento llega á tocarme mi padre, temo mucho que me conozca y crea que he querido engañarle: entonces en lugar de su bendicion recibiré su maldicion. Además no puedo menos de ser conocido en la voz.» «Hijo mio, replica Rebeca, no me dices nada de nuevo, ni me alegas cosa alguna que yo no haya previsto. Me parece que esta es una inspiracion de Dios, de quien pende el logro del designio que creo tiene sobre ti: Por lo demás no te detenga la maldicion que temes: sobre mí sea esa maldicion; oye solamente mi voz y ve á traerme lo que he dicho.» En vista de este mandato tan terminante Jacob no pensó mas que en obedecer y se partió á ejecutar lo que le habia ordenado su madre. Esta será la primera figura del cuidado que la madre de Dios tiene de ade-

lantar á los suyos en general acechando todas las ocasiones de aventajarlos y alcanzarles la bendicion de Dios.

IV. En el medio del cuadro se ve otra accion no menos notable que la primera. Jacob volvió con toda presteza y trajo los dos cabritos á Rebeca, la cual conociendo el gusto de su marido Isaac se dispone á guisarlos al punto. Mientras se prepara el manjar, va y saca la vestidura de gala de Esaú para ponérsela á Jacob y le arregla de tal suerte unas pieles de cabrito al rededor del cuello y de las manos, que el buen viejo le tenga por su primogénito. Guisada la caza da el plato á Jacob, el cual representa tan bien su papel, que consigue la bendicion de Esaú. Esta suma diligencia de Rebeca en disponer todas las cosas aun las mas pequeñas sin omitir nada me dará márgen para discurrir acerca de la incomparable bondad de la Virgen, que se manifiesta en su vigilante cuidado y en su cordial cariño para con los suyos.

V. Al lado izquierdo del cuadro la prudente Rebeca como ha previsto los arranques de Esaú, piensa en los medios de asegurar la bendicion de su hijo; á cuyo fin va á buscar á Isaac y le manifiesta que mas quisiera morir que ver á Jacob casado con una mujer del país; á lo cual sabe que el buen anciano no tiene mucha inclinacion. Así fácilmente le reduce á que le envíe á Mesopotamia en casa de su tio Laban, donde encontrará un casamiento ventajoso. Isaac hace cuanto desea su mujer, y para que Dios bendiga su designio, aumenta las bendiciones que poco antes diera á Jacob, le besa y se le entrega á su madre, la cual le provee de todo lo necesario y especialmente de saludables documentos. Despídese de él con suma afliccion y copiosas lágrimas por tan súbita separacion, aunque espera verle muy pronto. Este será el plan del discurso tercero, en que

haré ver el cuidado con que la vírgen Maria procura á los suyos una condicion estable y los coloca en el estado y modo de vivir que juzga mas conveniente para encastrarlos al cielo.

§. II.—Del extraordinario cuidado que la madre de Dios tiene de todo lo que toca á los suyos en general.

I. Nadie se persuada que yo crea haber realizado mucho el honor de la madre de Dios por haber dicho que el cuidado de Rebeca es una figura del de aquella señora para con los suyos. Los santos padres me suministrarán pensamientos mucho mas altos, aunque no hallan palabras que los dejen satisfechos ó que expresen á su sabor el juicio que forman de la industriosa caridad de Maria. S. Bernardo la compara á aquel excelente espejo de las mujeres fuertes, que nos presenta Salomon al fin del libro de los Proverbios (1), especialmente porque la lámpara de su vigilancia no se apaga jamás en la noche de la mansion mortal que los suyos tienen que hacer en la tierra, sino que los alumbraba y acompaña sin perderlos nunca de vista. S. Agustin le atribuye un cuidado correspondiente á su poder y asegura (2) que su esmero y cariño para con los suyos se aventaja tanto al de los demas, como su valimiento para con Dios supera al de todos los otros santos. El devoto Idiota levanta aun mas el concepto, porque sin detenerse en lo que mira á la caridad de los santos, remonta el vuelo hasta el trono del Salvador, el cual con un amor incomparable intercede por nosotros con el Padre (3). Ahí es donde el humilde doctor encuentra la verdadera idea del cuidado que la madre de Dios

(1) Serm. 2 in Assumpt.

(3) Contemplat. de B. Virg.

(2) Serm. de Assumpt.

tiene de los suyos; porque así como esta no tiene otra regla de su amor para con los suyos que el que les profesa su amado hijo, no quiere tampoco otro modelo que ese del cuidado que debe tener de los mismos. S. Bernardo encareciendo cuanto han dicho todos los demás, usa de unas expresiones muy enfáticas, y no contento con llamarla diligentísima dice que es el mismo cuidado y el cuidado de todos los siglos. «En ella (son sus palabras) como en el centro de todas las cosas y el único cuidado de todos los siglos están fijos los ojos de los que habitan en el cielo, de los que vivimos en la tierra, y de los que están debajo de nosotros, de nuestros antepasados y de la posteridad (1).» Pues así como no quiero disputar que se la puede llamar el cuidado pasivo y el negocio común de todos los siglos, por cuanto todas las edades anteriores á ella tuvieron interés en su venida y la esperaron con santa impaciencia, como que traía la buena nueva de la salud y los siglos posteriores la miraron como la fuente donde bebieron tantos bienes; así no puede negárseme que es llamada muy convenientemente el cuidado activo de todas las edades por su incomparable afición á procurar en general la salud y el provecho de todos los hombres y muy especialmente de los suyos. Con efecto si según testimonio del docto intérprete Nicolás de Lira, autorizado por rabi Salomon, hombre de cuenta entre los suyos, el real profeta llama al diablo un negocio ó cuidado que anda entre tinieblas (2), por la suma vigilancia con que acecha á los hombres para cogerlos de sorpresa y hacerlos caer en el pecado; ¿por qué nosotros no hemos de llamar con mas razón á la Virgen santísima el cuidado del día y el cuidado de los siglos, pues que pone sin comparacion mayor empeño y mas calor en buscar nues-

(1) Serm. 2 de pentecost.

(2) Salm. XC.

tro bien que el enemigo malo en maquinando nuestra ruina? No hay comparacion entre la caridad de María y la envidia de Satanás, entre el cuidado de aquella y la dureza de este. De aquí colijo que no puede darse á nuestra señora un nombre que mas le convenga, que el de cuidado y afecto, pues es como una verdadera esencia de todo el cuidado y afecto que existe en las criaturas.

II. Confieso que necesitábamos aquí del gallardo ingenio de S. Bernardo para que nos declarase su pensamiento, ó á lo menos de algun poeta ingenioso para que nos pintara el cuidado tal y como sería si tuviera alguna sustancia. El le figuraria con cien ojos para verlo todo, con cien oídos para oírlo todo, con cien lenguas para explicarse y con cien alas para volar en un instante á donde quisiera; ó por mejor decir tendria que ser un espíritu puro que se encontrase á un tiempo en todas partes y tuviese una capacidad extraordinaria para comprenderlo todo y una destreza singular para llevar al cabo todas las cosas. Pero ¡cómo emprenderia y solicitaria un asunto! ¡Cómo iria y vendria! ¡Cómo instaria y no dejaria piedra por mover á fin de lograr su intento! El que pueda comprender cómo sería el cuidado si estuviese vivo y animado, se halla muy dispuesto á entender cómo interviene la Virgen para el bien y provecho de los suyos, á excepcion que hay que desechar las congojas y temores que por lo común acompañan á nuestros cuidados en la tierra: porque como ella ve en Dios con admirable tranquilidad todo lo que toca á sus hijos, remedia con la misma todas las necesidades de ellos. Mas quitado este anhelo María es un verdadero portento de cuidado; tiene continuamente fijos los ojos en los suyos y ve desde lejos todo lo que es para su bien, sin desperdiciar ninguna ocasion de proporcionarle, como no entienda que se hacen indignos de él. No me detengo ahora mas, porque esta proposi-

cion se probará suficientemente en diversos lugares del presente tratado.

§. III.—Del cuidado que la madre de Dios tiene de los suyos hasta en las cosas menores.

I. ¿Quién puede tolerar á los impíos, que dicen en el libro de Job que Dios se pasea por los cielos sin curarse de lo que pasa en la tierra? ¿Quién puede sufrir á esos otros que dicen en Platon que Dios tuvo verdaderamente un cuidado particular de los ángeles como obra acabada de sus manos; pero que los hombres los encomendó á la providencia y conducta de sus espíritus puros sin cuidar de ellos? Estos charlatanes han sido objeto no solo de la risa, sino del odio público, porque de un solo golpe han quitado á los hombres lo que debe de serles maspreciado que su vida, á saber, el cuidado que la infinita majestad tiene de ellos, y han privado á Dios de dos de sus mas excelentes atributos, la providencia y el amor. Si ellos se figuran que la muchedumbre de ocupaciones causa alguna congoja en Dios, manifiestan que tienen muy mala idea de la omnipotencia: si por el contrario creen que el gobierno del mundo no ocupa su entendimiento, limitan extraordinariamente su bondad quitándole la inclinacion que naturalmente tiene de comunicarse á las criaturas. Hacer un Dios sin amor es darle un corazon de bronce, y quitarle el cuidado de sus criaturas es suponer que tiene menos bondad que un hombre. Cuanto mayor es su amor, mas tierno y esmerado es su cuidado hasta en las menores necesidades. S. Benito siendo niño comprendia ya esta verdad, porque habiéndose quebrado por descuido una vasija de barro que su nodriza habia pedido prestada, recurrió á Dios manifestándole que no era justo recibiese ella tal disgusto. Agradó tanto esta confianza al padre de toda bondad, que

apenas habia acabado Benito su oracion, cuando la vasija volvió á su primer estado. Acerca de lo cual tenemos no solo el testimonio del papa S. Gregorio el magno, sino de infinitas personas que vieron aquella vasija á la puerta de la iglesia de Nursia, en cuyo lugar nació el santo y moró hasta la irrupcion de los longobardos en Italia. El mismo S. Gregorio dice dando quejas como un niño á nuestro Señor que S. Bonifacio, despues obispo de Ferentino en Toscana, hizo soltar á una raposa las gallinas de su madre. Dios nos profesa un amor tierno, y si tuviéramos el corazon dispuesto á conocerle, veriamos efectos maravillosos de su bondad infinita: á medida que una criatura se acerca mas á él, él le da un corazon mas capaz y un amor mas tierno y vigilante.

II. De aqui se sigue que la Virgen no solamente en calidad de madre, que es un nombre de mansedumbre y ternura, sino en la de reina, participante de las grandezas de Dios mas que todos los bienaventurados juntos, tiene unos ojos muy perspicaces para descubrir hasta las mas imperceptibles necesidades de los suyos, y un corazon el mas vigilante y enamorado que se puede imaginar. Es verdad que la propiedad del amor, especialmente siendo tierno y ardiente, es velar constantemente para hacer cuanto pueda dar gusto al objeto amado; pero el corazon de la madre de bondad sobre todos se ha apropiado este cuidado cordial y afectuoso, de tal suerte que parece ser como su primera y principal calidad. Seria un grandísimo error y una astucia muy notable de Satanás figurarse á esta reina con una majestad severa y un aire que infundiese temor de llegarse á ella ó hiciese sospechar miraba con desden nuestras menores necesidades. Para dejarse llevar de este pensamiento seria preciso no tener conocimiento de la bondad que hay en el cielo, ó no haber oido hablar jamás de la madre del amor hermoso.